

LA CHICA OLVIDADA

Francisco José Segura

LA CHICA OLVIDADA

Comienza la saga del inspector Martín Campillo



Francisco José Segura



malbec
EDICIONES

La chica olvidada
Comienza la saga del inspector Martín Cam-
pillo

Francisco José Segura

Malbec ediciones

*Para Laura,
por acompañarme en el camino de regreso a casa*

Prólogo

En mi juventud yo iba de vez en cuando a Cartagena desde Murcia con algunos amigos con ganas de fiesta. Cartagena era entonces una mezcla increíble de «tacita de plata», de bellísimos edificios —dominada por los altivos militares de entonces—, y de salvaje y sucio puerto mediterráneo, una ciudad fronteriza, marsellesa, de tabernas donde se cantaba el hondo flamenco «minero», y donde paraba de vez en cuando la VI Flota norteamericana, vomitando sus *marines* por las calles nocturnas, alegres y sombrías, hacia el puterío mitológico y los antros de la droga, mientras en las alturas más allá de Santa Lucía y otros barrios apenas periféricos, el lumpen vigilaba, y se encendían luces de hoguera.

En los años finales de esa Cartagena, todavía hirviente de vida —a principios de los ochenta—, en medio de ese torbellino urbano, pasa como un vendaval esta historia, esta excelente novela —un *thriller* policíaco— que nos cuenta Francisco Segura, sin ahorrarnos ningún detalle bronco y violento: la existencia como es a veces.

Por una vez, y por excepción, habría que conocer al autor. Grandísimo e incansable hablador —con un gran sentido del humor y mucha vis cómica— y contador de historias y anécdotas hasta decir basta. Conocer su amigable humanidad. Podría ser, a la vez, un naviero griego, un niño grande, un justiciero sindicalista, y un ministro de Industria izquierdoso.

Corpulento, noble, expansivo hasta fuera de sus límites, volcánico y generoso, Francisco Segura podría ser uno de los personajes «buenos» y pensativos de sus novelas, que esconden además algún desgarrón del pasado.

La ciudad está presente en el relato como una noche muy larga, intensa y amarga. Pero se nota cuánto la ama el autor:

«El inspector Martín Campillo salió de su casa en la C/Andino, un estrecho callejón que desembocaba en la C/Mayor. La brisa traía el olor del mar cercano. Miró hacia el puerto y durante un par de minutos disfrutó de la vista. Nació y creció en Cartagena. Esta ciudad estaba llena de recuerdos para él».

En la novela se juega una terrible partida de ajedrez, cuyas piezas son unas muchachas —las víctimas—, un asesino bestial y un policía que ve el horror que puede iluminar como una devastadora llamarada de fósforo el entretejerse del pasado con el presente. Lo dice una misiva del oculto psicópata, que tiene palabras de tragedia clásica:

«Los miedos del hombre tienen vida propia.
Reaparecen para recordarte que son ellos
los que mandan en tu destino».

La amenaza de ese verano se instala desde las primeras páginas:

«Almudena giró en la Plaza del Parque y encaró la Muralla de Tierra. Como cada noche desde hacía seis meses un intenso escalofrío de miedo recorrió su espalda.

La calle, bastante degradada, se ubicaba cerca del centro de la ciudad. Carecía de aceras, estando flanqueada a la izquierda por un quitamiedos que protegía del desnivel de 6 metros hasta las casetas y barracas de la vieja lonja de frutas y verduras, un paisaje aterrador. La derecha la ocupaban los restos de una antigua muralla de tierra y piedras de la época bizantina, finalizando la calle en un peñón rocoso coronado por las ruinas de una antigua edificación».

Los personajes, muy bien descritos (véase el retrato del viejo fascista que espera la muerte en un Asilo de Ancianos del barrio de La Concepción), se mueven por ese tablero de ajedrez incendiado en busca de una redención que no parece llegar nunca.

Y siempre —al margen de algunas escenas que pasan en otros lugares— la ciudad indiferente alrededor de los personajes, un mundo donde todos, no sólo las chicas, son de algún modo víctimas. Un mundo urbano que, con frecuencia se presenta en imágenes irreales como las de una pesadilla.

«Aparcó frente a la parada de línea formada por un asiento doble de obra y cubierta con una visera curva del mismo material, de un horrible color amarillo pálido, recordaba por su cercanía al Parque de Artillería más a una casamata defensiva que a una parada de autobús».

Francisco Segura ha publicado esta su primera novela —parte de una trilogía— en su edad madura, cuando está uno lleno de sabiduría, incluso sin querer. Pero desde siempre —lo conozco desde hace muchos años—, yo lo he visto como un novelista. Para ser novelista no hay necesariamente que escribir: es una actitud ante la vida, una manera de estar en la existencia. Tener una mirada atentísima, a la vez muy crítica y muy compasiva, a los seres humanos, a sus relaciones, al mundo; y haber vivido mucho, haber tratado con dedicación a mil personajes distintos. El escritor Segura, para nuestro placer de lectores, ha puesto sobre el papel de este libro al novelista Segura, que existía desde siempre.

Pedro García Montalvo

30 de abril de 2016

Capítulo 0

Domingo, 7 de junio de 1982 – Cartagena

A pesar de ser la una de la madrugada la gente joven, y algún veterano buscando qué pescar, llenaban los music-bar de la calle Cuatro Santos, en pleno centro de la ciudad. La estrecha calle recogía la gente de la movida cartagenera; tecnos, modernos y estudiantes que apuraban el último fin de semana de junio antes de encerrarse en casa a preparar los exámenes finales; era también el último en el que los que estudiaban en Murcia bajaban hasta Cartagena. La próxima vez será para disfrutar las vacaciones de verano.

Almudena, una morenita de 19 años y ojos verdes, estudiante de segundo de filosofía y letras, terminaba la penúltima cerveza con sus amigas María y Pilar. La noche invitaba a estar en la calle y ellas se apoyaban en la fachada del Agua Bar echando un vistazo al ambiente y de paso a los chavales que andaban sueltos.

—Bueno chicas, me tomo la cerveza y me voy a casa, mi padre se cabrea si llego tarde y no hay quien lo aguante.

—¿Mañana vienes a la playa, no? —preguntó María.

—Claro que sí, a las diez os espero en casa así que no liaros mucho.

—Hombre, si nos sale un par de novios ya veremos qué hora se nos hace. ¿Quieres que te acompañemos a ca-

sa?

—No hace falta, además si me acompañáis cuando volváis esto estará casi muerto. No pasa nada, lo que ocurre es que la casa nueva que han comprado mis padres está en una calle asquerosa, a mí me da grima, pero como es un cabezón se empeñó y ahí estamos.

—Eso tiene solución —dijo Pilar—, te echas un novio que te acompañe, eso sí que esté cachas, no sea que lo tengas que defender tú.

Las tres amigas rieron de buena gana y tras los besos de rigor Almudena se marchó. Atravesar la Plaza San Francisco y la calle Caridad no le daba miedo, formaban parte de la zona vieja, pero siempre se tropezaba con alguien. En cambio su calle le ponía los pelos de punta, tan fea, tan oscura; daría cualquier cosa por vivir en su antigua casa.

Aceleró el paso y dejó atrás la relativa seguridad del Parque de Artillería con sus soldados montando guardia y las luces en la fachada del edificio militar.

01:30 horas. Plaza López Pinto – Cartagena

Almudena giró en la Plaza del Parque y encaró la Muralla de Tierra. Como cada noche desde hacía seis meses un intenso escalofrío de miedo recorrió su espalda.

La calle, bastante degradada, se ubicaba cerca del centro de la ciudad. Carecía de aceras, estando flanqueada a la izquierda por un quitamiedos que protegía del desnivel de 6 metros hasta las casetas y barracas de la vieja lonja de frutas y verduras. Un paisaje aterrador. La derecha la ocupaban los restos de una antigua muralla de tierra y piedras de la época bizantina, finalizando la calle en un peñón rocoso coronado por las ruinas de una antigua edificación.

Las pocas farolas, de luces amarillentas, fabricaban sombras abrumadoras, dando al conjunto un aspecto inquietante acrecentado por la soledad y la tenue luz de la luna en cuarto menguante.

Se situó en el centro de la calle y avanzó con paso decidido diciéndose que el miedo era irreal, producto de su mente, que no podía dejar que la dominara.

A lo lejos, cerca de su portal, le pareció ver deslizarse una sombra, se paró y pensó en retroceder, pero hacia dónde; eran las dos de la madrugada y tenía que llegar a casa. «No seas tonta, no es nada, siempre es nada», se animó a sí misma.

Siguió avanzando con la inquietante sensación, como si de una amiga fiel se tratara desde que vivía en esa casa, de no estar sola. Veinte metros más y la seguridad del portal le devolvería la paz.

Avanzó decidida con la vista puesta en el centro. De repente un ligero ruido le hizo parar y volver la cabeza. La figura alargada y negra se había situado justo a su espalda. Intentó gritar pero una mano inusualmente rápida le agarró por el cuello ahogando su intento. El pánico se apoderó de Almudena. Era imposible huir, los dedos se clavaban en su garganta cortándole la respiración, estaba perdiendo el conocimiento.

Una voz grave pero de tono amable dijo:

—Todo depende de ti, si eres buena y obediente nada te pasará, todo habrá terminado en poco tiempo, preciosa.

Almudena notó un leve pinchazo en el cuello y todo se oscureció.

Capítulo 1

Almudena

Lunes, 8 de junio de 1982 – Cartagena

El inspector Martín Campillo salió de su casa en la calle Andino, un estrecho callejón que desembocaba en la calle Mayor. Anduvo no más de tres pasos antes de pararse para sacar un cigarrillo de su bolsillo, lo encendió y aspiró el humo con deleite. Le encantaba esa hora del día, daba lo mismo que la noche hubiese sido calurosa o que el día amenazara con serlo aún más; en esa esquina siempre hacía fresco y la brisa traía el olor del mar cercano. Miró hacia el puerto y durante un par de minutos disfrutó de la vista.

Nació y creció en Cartagena. Esta ciudad estaba llena de recuerdos para él y aunque no mantenía contacto con sus amigos de juventud le gustaba estar destinado aquí. Avanzó hasta el bar Columbus, su lugar de desayuno, y como cada mañana se sentó en un taburete frente a la barra. Encendió otro cigarrillo.

—Buenos días don Martín, ¿qué tal estamos hoy?

—Bien, no me puedo quejar y no me quejo. Ponme lo mío.

Daba lo mismo la época del año, siempre desayunaba un asiático y una copa de brandi; según él era lo único que terminaba de despertarlo.

Finalizó el desayuno a la misma vez que apagaba el cigarrillo, salió a la calle y, disfrutando del paseo, llegó hasta el quiosco de prensa situado frente a Capitanía General; compró el periódico no tanto porque le interesaran las noti-

cias sino porque depositado sobre la mesa de su despacho era la excusa perfecta para desconectar cinco minutos.

Una última parada en la cafetería frente a Comisaría, otro café y un brandi.

08:00 horas. Comisaría – Cartagena

Una vez en el interior subió por las escaleras los dos pisos hasta su despacho. No soportaba estar encerrado en espacios pequeños y eso incluía el ascensor. Cerró la puerta tras de sí esperando que nadie le hubiese visto entrar. Se dirigió a su mesa y más que sentarse se dejó caer sobre el sillón, fijó la mirada en la pared aislándose de su entorno en un ritual de preparación para la semana que se iniciaba. Lo había aprendido de su ex mujer: meditar, dejando atrás cualquier tipo de pensamiento o emoción, posicionaba la mente en las condiciones idóneas para analizar con calma y reflexión las nuevas situaciones a las que cada día nos enfrentamos. Si dejas que tu parte emocional te domine estás al borde de la locura y él lo sabía bien por experiencia.

Era alto, fuerte, rubio, el pelo ligeramente ondulado, con los ojos verdes y rasgos duros. Sin duda tenía que haber resultado atractivo en su juventud, pero los años, y sobre todo la vida, habían avejentado su cara hasta hacerle parecer más un matón venido a menos que un inspector de policía. Su mujer lo había dejado hacía tres años coincidiendo con el traslado a Cartagena. Harta de esperarlo y de su mala leche decidió no subir al coche con él. No le afectó en exceso, hacía tiempo que habían dejado de amarse y solo necesitaban una excusa para acabar una vida en común de fracaso. Tampoco cambió demasiado su forma de vivir, estaba hasta los huevos de malas caras y lamentos, si acaso ahora bebía como un profesional y sus escasos ratos de ocio los repartía entre locales de baja moral. Se sentía bien por haberse negado sistemáticamente a tener hijos.

Un par de golpes en la puerta le sacó de su estado de meditación. Empezaba la semana.

—Buenos días, inspector.

—Hola José Manuel, ¿qué hay?

El subinspector José Manuel Sánchez, delgado y moreno, eficiente y detallista, era su compañero desde su incorporación a la comisaría de Cartagena hacía tres años. Aunque le gustaba separar lo profesional de lo personal, José Manuel consiguió despertar un sentimiento de amistad en su corazón, quizás porque lo conoció justo después de su divorcio o quizás porque este hombre le aportaba la serenidad y el equilibrio que en ocasiones necesitaba. Lo que sí evidenciaban todos era el buen equipo que formaba, la improvisación de Campillo con la rigurosidad en el análisis de José Manuel.

—Te espera una pareja. Dicen ser amigos tuyos: Ángel y María Villarreal.

Ángel Villarreal había sido compañero de instituto y distaba mucho de ser lo que el inspector Campillo consideraba un amigo. Solo se conocían de Preu y de alguna que otra juerga de juventud. Luego sus vidas siguieron caminos distintos y sin cruces.

—¿Te han dicho qué quieren?

—Verte, un tema relacionado con su hija, ha desaparecido.

José Manuel se giró e hizo un gesto con el brazo invitándolos a pasar. Ángel y María entraron con claros signos de alteración, María se dirigió a él entre sollozos:

—¡Martín, Almudena ha desaparecido!

Era su hija mayor, debía de tener 19 años. La recordaba de su infancia cuando en alguna que otra ocasión se cruzó con ella y sus padres, pero después se marchó de Cartagena y no había vuelto a saber nada de ella hasta el momento actual. De hecho tampoco había vuelto a ver a sus padres, así que le sorprendió un poco la familiaridad de María, como si se hubiesen visto ayer y él estuviera al corriente de sus vidas.

—Bueno, tranquilizaos y contadme lo que ha pasado.